

En francés existe una bien conocida traducción de H. Ternaux Compans en la primera serie de su colección: *Voyages, Relations et Mémoires originaux pour servir á l'histoire de la Découverte de l'Amérique*. Fecha de publicación, 1837. Título: *Relation Vaca, Adelantade et Gouverneur du Rio de la Plata*.

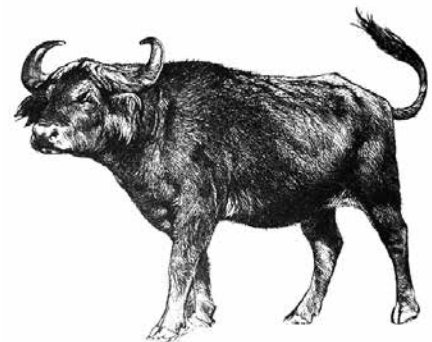
Una palabra sobre la traducción que aquí se ofrece. La narración de Cabeza de Vaca es muy difícil de traducir debido a que la crítica de Oviedo sobre su falta de claridad tiene buen fundamento. Muchas partes de los capítulos y también capítulos enteros son tan confusos que es imposible seguir el original sino remotamente y se tiene que recurrir a la paráfrasis. Aun así, en varios casos es posible que el significado permanezca en cierto modo oscuro. Es como si el autor, a consecuencia de su largo aislamiento y su trato constante con hablantes de otra lengua, hubiera perdido contacto con su lengua nativa. Hay menos de esto en su obra posterior, los *Comentarios*, escritos al cabo de años de trato ininterrumpido con sus paisanos.

Nueva York, 28 de marzo de 1905

## La enseñanza y el espíritu de la investigación

**John Livingston Lowes**

Estudioso excepcional de la vida y obra de Samuel Taylor Coleridge y de Geoffrey Chaucer, John Livingston Lowes (1867-1945) no sólo escribió un par de obras notables en la historia literaria: *Convention and Revolt in Poetry* (1919) y *The Road to Xanadu. A Study in the Ways of Imagination* (1927), sino que además durante la mayor parte de su vida se las arregló para combinar la enseñanza con la investigación, en un tiempo en el que esta última se veía al margen de cualquier actividad relevante. Éste es el texto de la conferencia que Lowes impartió en junio de 1932 en la Universidad de Brown. Tomado de la revista *The American Scholar*, enero de 1933, volumen II, número 1. Traducción y notas de Antonio Saborit.



*Desearía que existiera otra palabra además de “investigación” que yo pudiera emplear, pues para la mayoría de ustedes el término se asocia principal, cuando no exclusivamente, con las tesis doctorales y todo cuanto hay en ellas.*

**¿S**E ME PERMITIRÍA empezar por decir con toda claridad los límites que le impuse a mi tema?

Lo que quiero decir va dirigido a los miembros de la Escuela de Graduados de Artes y Ciencias. Y el objetivo fundamental de esta escuela es formar académicos que sean también profesores, o profesores que sean también académicos, como ustedes gusten. Así que de lo que quiero hablar es de las relaciones de la investigación con tal *desideratum*,<sup>1</sup> y nada más que eso. El amplio campo de la investigación pura queda fuera de mi propósito aquí.

Desearía que existiera otra palabra además de “investigación” que yo pudiera emplear, pues para la mayoría de ustedes el término se asocia principal, cuando no exclusivamente, con las tesis doctorales y todo cuanto hay en ellas. Y esa, de ninguna manera, es la asociación que tengo en mente. Así, al enlazar la *enseñanza* con la investigación pienso en algo más “interfusionado” que eso (si se me permite plantearlo así) con las actividades que en breve tendrán frente a ustedes. Lo que tengo a la vista más bien es una actitud intelectual, una postura receptiva hacia los indicios, las sugerencias, las insinuaciones —desde la caída de una manzana en Woolsthorpe hasta el destello proveniente de la página de un libro tomado del anaquel—, cierto grado de reacción a las sugerencias que nos puedan llegar sin invitación y que a lo largo de caminos sin explorar nos señalan regiones que son nuevas para nosotros e incluso (podría ser) para nuestro pequeño mundo. Es algo, en unas cuantas palabras, que hay que pensar más como una aventura que como una tarea impuesta; algo que, desviándonos en ocasiones de nuestras trilladas rutas, puede a veces mantener con vida nuestras almas pedagógicas. Es de eso de lo que quiero hablarles. De su formación profesional, salvo por extensión, a mí no me compete hablar.

Ahora, lo que subyace en esa formación nos incumbe a mí y a ustedes; o sea, que esa cosa con alas, el hallazgo intelectual, no es un Ave del Paraíso que carezca de patas. Debe contar con un *pou stō*<sup>2</sup> desde el cual saltar. Ya mencioné las incidencias y sugerencias que nos conducen a campos frescos. Pero antes de que pueda nacer una nueva *aperçus*<sup>3</sup> tiene que haber algo con que se conecten la insinuación y el indicio propios. Una batería tiene que tener dos polos para que se produzca la chispa. Las cosas sólo tienen sentido cuando ellas mismas se asocian con otras cosas, y sólo cuando esas asociaciones se multiplican

<sup>1</sup> *Desideratum*: deseo. (N. del T.)

<sup>2</sup> *Pou stō*: punto de apoyo. (N. del T.)

<sup>3</sup> *Aperçus*: comprensión. (N. del T.)

adquieren un significado añadido. Sólo hasta que nuestra mente ya es un almacén de impresiones cuenta con los puntos focales sobre los que han de converger las impresiones frescas. Una página de un libro de viaje no establecerá relaciones con un poema, o una frase en un tratado de medicina no saltará siglos para iluminar *La anatomía de la melancolía*, o un volumen tomado al azar no ha de sugerir los temas que no hayamos contemplado por meses en nuestras llamadas horas de ocio, a menos que antes conozcamos a nuestro poeta y a nuestro Burton y a menos que conozcamos el truco de divagar en grande. La manzana de Newton cayó en un depósito colmado de observaciones y reflexiones de años y por eso fue que se revolucionó el pensamiento humano en torno a las leyes del universo, pues no sólo en el mundo espiritual sino “a cualquiera que tuviere, le será dado, y tendrá más”.<sup>4</sup> Y buena parte de la formación por la que ustedes han transitado está hecha para iniciar ese aprovisionamiento preliminar de las células. Pero la vida no les bastará para completar esta empresa.

Ahora no me interesa tanto lo que llamamos “nuestras aportaciones” a la suma del conocimiento humano. Eso, al final, puede ser el destino logrado de ustedes. Más bien de lo que se trata es del efecto de un hábito mental sobre la manera personal de enseñar, y la enseñanza es eficaz —si hemos de ser axiomáticos— sólo cuando el que enseña está vivo intelectualmente. ¿Se me permitiría traer a cuento una experiencia personal por un momento? Debido al accidente de haber cambiado de un campo a otro hace muchos años, padecí, para parafrasear las Escrituras, muchas cosas de muchos profesores en un colegio y tres divisiones de posgrado, durante un periodo de once años; pero entre los numerosos profesores que tuve, dos destacan nítidamente sobre los demás. Y la razón de tal preeminencia viene a cuento. Se debió a que a través de su intensidad y su vitalidad, así como de sus talentos para traer a cuento, en el tema que se tratara, cuanto fuera preeminente de la amplitud total de sus conocimientos, ellos despertaron la curiosidad intelectual y provocaron la emulación. Uno se sentía *arder* —para usar la palabra de Dorothy Wordsworth sobre su hermano— bajo su influencia. Y fueron personas que de esta manera provocaron la curiosidad intelectual —y este es mi tema—, pues estaban dotados de esa curiosidad intelectual. Ambos eran exploradores inveterados en sus respectivos campos. Gran parte de lo que dijeron se olvidó con el paso de los años. Fue su *sprit*,<sup>5</sup> su *vivida vis animi*,<sup>6</sup> lo que uno capturaba. Recuérdese —con una diferencia— lo que Goethe



<sup>4</sup> Mateo 25: 29.

<sup>5</sup> *Sprit*: espíritu. (N. del T.)

<sup>6</sup> *Vivida vis anima*: “la poderosa fuerza de la mente”. Lucrecio. (N. del T.)

dijo de Winckelmann: “Man lernt nichts, wenn man ihn liest, aber man wird etwas”: al leerlo, no se aprende nada, pero te *transformas* en algo. En el caso de ellos, uno aprendía, y aprendía mucho. Pero eso, al volver la vista atrás, no era nada en comparación con lo que uno se volvía, por medio de sus capacidades para hacernos despertar. Y el hecho de que estuvieran entre los hombres más sabios que he conocido es muy significativo. Porque el saber no es aburrido. Sólo son los sabios los que a veces lo hacen así. Y como ustedes están en el camino de volverse sabios por su propia cuenta, y profesores por empezar, la advertencia implícita no es impertinente.

También es sano recordar que los profesores más aburridos, los más adormecedores, pueden ser, y a veces lo son, los más eruditos. No se pueden conocer, permitanme decírselos, muchos hechos, a menos —y ahí se encuentra la trampa— que se anquilen en ellos. Ustedes saben que nos podemos anquilosar. Igual que Mefistófeles: “Ich habe schon in meinen Wanderjahren Krystallisiertes Menschevolk gesehn” —los hombres se anquilosaban como pterodáctilos (que alguna vez tuvieron alas) bajo sus colecciones. Hay mentes —por cambiar de figura— que están repletas de depósitos de hechos, pero depósitos estancados. Acabo de hacer referencia a dos grandes profesores. Su poder radicaba en la idea de inmediatez que tenía uno, en la aguda frescura de sus conocimientos, extraídos de los manantiales mismos. Pero también tuve profesores —casi todos ellos, como el Petrarca de Chaucer, están “now deed, and nayled in hir chestes”—<sup>7</sup> por cuyas enseñanzas no corría ningún arroyo: eruditos que año tras año en esencia repetían lo mismo que habían dicho el año anterior, siquiera “mit ein Bisschen andern Worten”.<sup>8</sup> Ninguna chispa perturbaba nuestra modorra. De ellos se aprendía poco que no pudiera haber sacado uno mismo de sus fuentes de información. Y “sentarse” —como observara Carlyle de la conversación de Coleridge—, “sentarse como una quieta cubeta y verse colmado... a la larga no es divertido para ninguna criatura”. El conocimiento, hasta la erudición, será estimulante o aburrido, vivo o muerto, dependiendo de si su poseedor tenga o carezca de una mente intrépida.

Hay una frase de G. K. Chesterton que solía citar el difunto Stuart Sherman: “No hay cosas aburridas; sólo hay personas aburridas”.<sup>9</sup> Ahora bien, las cosas resultan interesantes cuan-



<sup>7</sup> *Now deed, and nayled in hir chestes*: muertos hoy y claveteados en sus ataúdes. (N. del T.)

<sup>8</sup> *Mit ein Bisschen andern Worten*: “Con unas cuantas palabras diferentes”. Goethe, *Fausto*, primera parte. (N. del T.)

<sup>9</sup> Stuart Pratt Sherman (1881-1926) fue profesor de literatura en la Universidad del Noroeste y en la Universidad de Illinois. Estudió la obra del dramaturgo John Ford y durante los últimos años de su vida polemizó fre-

do animan nuestro deseo de saber más, cuando nos hacen pasar de un estado mental pasivo a uno activo; cuando, en una palabra, despiertan la curiosidad intelectual. Y el poseer eso, y el poder de encenderla en otros —porque es contagiosa—, son las marcas del académico que es también profesor. Allá afuera existe una extraña idea según la cual en el campo de la erudición, “interesante” y “superficial” pueden ser sinónimos. Es al revés, sólo cuando uno se mete en su tema y lo recorre de cabo a rabo se puede ejercer todo el poder de su fascinación (empleo esta palabra deliberadamente). Eso es lo que nos lleva adelante y la comunicación de ese embrujo es lo que hace la gran docencia. Y la defensa de la curiosidad intelectual, de la visión imaginativa —llámenla como ustedes gusten— es, en esencia, la defensa de la cultura en el famoso *dictum*<sup>10</sup> de Matthew Arnold. Pues el valor que tiene para un maestro la tendencia mental del descubridor es precisamente éste: que por medio de su alerta receptividad a la sugerencia y su entusiasmo para ir a donde la sugerencia conduzca, vivifica, como un arroyo de agua fresca, masas de conocimiento que de otra manera no dejan de ser pesadas e inertes. Las propias exploraciones pueden o no tener consecuencias cruciales para la erudición. Ése, por el momento, no es el tema. La cosa es que el espíritu de nuestras propias expediciones, por menores que sean estas faenas, en el territorio de lo inexplorado, ha de extenderse a toda nuestra actitud hacia el cuerpo de saberes que nos transmiten los exploradores y constructores del pasado. Y asimismo ha de invadir y vitalizar nuestra manera de enseñar. Escrito está que los resultados de nuestras propias excursiones acaso nunca accedan directamente a nuestras clases. Es la actitud mental que estimulan esos resultados y excursiones lo que resulta vital. Lo que uno sabe y no enseña, cala y fecunda lo que se enseña. Y si ustedes quisieran encontrar bien dicha la esencia del espíritu que trato de expresar, releen el soneto “Al abrir por primera vez el Homero de Chapman”, y piénsenlo.<sup>11</sup>

*La cosa es que el espíritu de nuestras propias expediciones, por menores que sean estas faenas, en el territorio de lo inexplorado, ha de extenderse a toda nuestra actitud hacia el cuerpo de saberes que nos transmiten los exploradores y constructores del pasado.*

---

cuentemente con H. L. Mencken. La frase exacta de Gilbert K. Chesterton es: “En este mundo no hay temas aburridos; lo que sí puede existir es una persona aburrida”, y está en su ensayo “On Mr. Rudyard Kipling and Making the World Small”, en *Heretics* (1905). (N. del T.)

<sup>10</sup> *Dictum*: pronunciamiento. (N. del T.)

<sup>11</sup> George Chapman (1559-1634) fue un poeta y dramaturgo inglés que tradujo libremente *La Iliada* y *La Odisea*. John Keats (1795-1821) le dedicó en 1816 el soneto “On First Looking Into Chapman’s Homer”: “Much have I traveled in the realms of gold / And many goodly states and kingdoms seen; / Round many western islands have I been / Which bards in fealty to Apollo hold. / Oft of one wide expanse had I been told / That deep-browed Homer ruled as his demesne; / Yet never did I breathe its pure serene / Till I heard Chapman speak out loud and bold: / Then felt I like some watcher of the skies / When a new planet swims into his ken; / Or like stout Cortez when

*¿De qué experiencia es la de la proyección imaginativa? ¿Cómo saberlo? Todos los libros sobre Wordsworth discuten esta oda y ustedes pueden escoger el camino más corto y fácil.*

De esta forma, tener —con la suerte necesaria— una aventura propia que nos lleve por caminos inexplorados hacia tierras sin descubrir y que nos mantenga con los ojos abiertos y anime nuestra idea de los valores, esa buena suerte, podría acrecentar los poderes mismos que le dan vida a la enseñanza. Pero lo que he llamado el espíritu de investigación ha de acelerar de manera más directa lo que enseñamos. Es obvio que ustedes, ahora que empiezan, no tienen un conocimiento de primera mano de todo aquello con lo que tendrán que lidiar. Pero si han de mantener viva su mente, no han de atreverse a depender, ni lo harán, de un conocimiento obtenido de un segundo nivel. La formación de ustedes, haya sido como haya sido, en investigación formal resultará inútil, salvo en la medida en que desarrolle una tendencia mental que se dirija instintivamente hacia las fuentes primarias. Permítaseme emplear el más simple de los ejemplos posibles para ilustrar lo que digo. Y debo respaldarme, por razones obvias, en mi propio campo. El principio es común a todos los campos.

Tómese, entre uno solo de los incontables ejemplos, la gran oda sobre los “Indicios de inmortalidad”. ¿De qué experiencia es la de la proyección imaginativa? ¿Cómo saberlo? Todos los libros sobre Wordsworth discuten esta oda y ustedes pueden escoger el camino más corto y fácil. Si tienen el instinto de ir en busca del corazón de las cosas recurrirán al *Diario* de Dorothy Wordsworth. Entre el 14 y el 27 de marzo de 1802 han de encontrar, en una crónica sensible y reveladora, los registros de un auténtico nido de poemas. Y cuatro de ellos están en conexión íntima por medio de la expresión de un estado de ánimo común —un estado de ánimo provocado originalmente por los recuerdos vivos de la infancia, despertados ante la vista de una mariposa. La mañana del domingo 14 de marzo Dorothy Wordsworth escribe: “En lo que desayunábamos... [William] escribió el poema ‘A una mariposa’... La idea le vino mientras conversábamos sobre los placeres que ambos experimentábamos siempre al ver una mariposa”; y luego siguen encantadores recuerdos infantiles. Nueve días después Dorothy escribió: “William trabajó en el poema ‘El cuclillo’” [“To the cuckoo”]. Dos días después: “William le escribió a Annette” —el lío del alma de Wordsworth con el mundo en esos días precisamente era agudo— “luego trabajó en ‘El cuclillo’... Mientras yo me metía en cama, escribió ‘El arcoíris’”; es decir, los versos que empiezan “Mi corazón se amerita al ver un arcoíris en el cielo”. Y la entrada del día siguiente empieza: “Una mañana divina. En el desayuno William escribió parte de una oda”. Desgajo, pues debo hacerlo, las meras entra-

---

with eagle eyes / He stared at the Pacific —and all his men / Looked at each other with a wild surmise— / Silent, upon a peak in Darien”. (N. del T.)

das del contexto gráfico que les da vida. Pero cada uno de esos cuatro poemas, escritos en menos de quince días, es la expresión de un estado de ánimo dominante, provocado por la vista de una mariposa, el llamado de un cuclillo, la vista de un arcoíris —el estado de ánimo del que surgieron una mañana en el desayuno las primeras cuatro estrofas de lo que Coleridge llamó “La oda inmortal”. Y si leemos estas cuatro estrofas junto con “La mariposa”, “El cuclillo” y “Mi corazón se amerita”, se accede a una concepción de su significado que no nos pueden dar todos los críticos, comentaristas y biógrafos.

Más aún, las últimas siete estrofas de la oda —escritas casi tres años después, tras la trágica muerte de John, el hermano marino de Wordsworth— forman un grupo de cuatro poemas, de los cuales dos son las “Estrofas elegíacas” y “El guerrero feliz”. Y sólo leyendo juntos estos cuatro poemas, a la luz de las cartas a la familia, se puede apreciar el significado del nuevo y alto estado de ánimo en el cual la profunda pena personal asciende a la atmósfera de la “paz de la mente, consumida la pasión toda”, y en el que se retoman y suman las estrofas anteriores a las nuevas para formar un todo espléndido y consistente. Y si además se observa que Wordsworth, cuando al fin reunió todos sus poemas, colocó, después de “Poemas escritos en la juventud”, “El arcoíris” al principio y la oda al final, se reconoce que para él el tema común de estos poemas encarnaba su pensamiento más profundo. Nada en el mundo ha de hacer que todo eso sea *real*, excepto la saturación en esos mismos poemas tan íntimamente relacionados. Y el ardor intelectual que lleva a eso es lo que yo llamo espíritu de investigación. Y ese ardor, a su vez, le presta una cualidad contagiosa a lo que uno enseña.

O los poemas pueden surgir no sólo de los contactos de la mente de un poeta con los cuclillos y las mariposas que al final lo pueden llevar a “verdades que despiertan para nunca morir”, sino también del estímulo de relaciones personales provocativas. Y desearía atreverme a hacer una pausa para dar un ejemplo de lo que trato de aclarar a partir de la brillante conjunción de Byron, los Shelley, Claire Clairmont, John Cam Hobhouse, “el Monje” Lewis, el doctor Polidori y Madame de Staël en las orillas del lago Génova entre abril y octubre de 1816. *Manfred*, concebida y en buena medida escrita entonces, es la obra de teatro de Byron que más copiosamente se ha discutido. Ustedes jamás la empezarán a entender —y creo que lo sé— hasta que no tiren por la borda todo su aparato crítico de segunda mano y lean, para esos meses, el diario de Mary Shelley, las cartas de Shelley a Peacock, las de Byron a John Murray y Augusta Leigh, los diarios de Byron y Hobhouse sobre sus expediciones en el Oberland bernés, el diario de Polidori y el libro de la condesa Guiccioli, y el libro de cuentos titulado *Fantasmagoriana*,



*El vampiro y Frankenstein* —una colección de documentos humanos rara vez igualados en intensidad y en interés absorbente. Léanlos, y *Manfred*, de estar muerto, cobrará vida. Y de esa confusión de documentos humanos acaso asome la cabeza una pregunta, como Proteo al surgir del océano; una pregunta tan provocativa que el esfuerzo por responderla puede metamorfosear la propia idea del teatro. Pero sea así o no, el espíritu que lleva instintivamente de regreso a la vida misma de la que surgen el poema o la obra de teatro ha de vivificar, al dar clase, la interpretación que uno tenga de la proyección imaginativa —oda u obra de teatro— de esa experiencia.

Pues la literatura es *vida que cobra forma*, y sólo la propia imaginación proyectiva de ustedes mismos en esa experiencia humana les revelará la coalescencia, en una obra de arte, de la materia prima y la energía imaginativa. Muchas veces el problema es que la gente que conoce los hechos no usa su imaginación; la gente que tiene imaginación no se molesta con los hechos. Es la combinación, en el campo que sea, lo que es la cosa escasa, invaluable.

Eso, y no establecer tareas, es a lo que me refiero con la investigación en su vinculación con la enseñanza. Se trata de una respuesta a ese espíritu del descubridor que debe animar, no apagar, nuestra manera de enseñar. Porque, como la piedad, bendito sea dos veces. Pues no nada más le da vida a nuestra enseñanza, sino que nuestra enseñanza lo puede agilizar. Muchas veces es en el acto mismo de dar clases —como bien lo sabe quien auténticamente enseñe— cuando el esfuerzo por alcanzar otras mentes enciende y aclara la propia mente, la propia percepción encuentra relaciones antes no vistas y los viejos problemas caen en una perspectiva fresca, o nacen nuevas pesquisas. Pero eso sólo se dará cuando las células estén llenas. Y si ustedes quieren un estudio brillante y provocativo de la relación entre ese aprovisionamiento de las células y esos destellos de visión que pueden dar paso a un hallazgo, y que le dan alas a la enseñanza, lean el gran capítulo de Henri Poincaré sobre el “Descubrimiento matemático” en su *Ciencia y método*. Pues lo que he estado diciendo de la literatura es cierto, *mutatis mutandis*,<sup>12</sup> de todos los campos.

Acaso les haya dado yo la idea de que la investigación, según como la trato, es cosa de puros felices azares, destellos de inspiración, *aperçus* afortunados. De ser así, no me he explicado bien. Asumo lo siguiente: es la axiomática exactitud de rigor tanto en el uso como en la presentación de los propios hechos; la verificación escrupulosa de cada aseveración que descansa en la autoridad; la sabia cautela en el trazado de inferencias;



<sup>12</sup> *Mutatis mutandis*: cambiando lo que haya que cambiar. (N. del T.)



una vigilancia que no pase por alto ninguna evidencia; en una palabra, las demandas inexorables del método científico en la conducción de la investigación. Pero una vez entendido eso por todos, el don más valioso tanto en la enseñanza como en la investigación es la facultad que llamamos *visión*. Llámennala imaginación, si así lo desean, para que conserven la sensación de un poder que ve relaciones en donde el ojo sólo ve hechos; que ve las líneas de la forma que surge de un aparente caos; que ve los fenómenos aparentemente diversos, su unidad subyacente. Pero los hechos primero hay que dominarlos antes de que se perciban sus relaciones; uno tiene que abrirse camino, como Satanás, a través del “estrecho, áspero, denso o extraño” caos, antes de que los elementos asuman una forma; es imposible alcanzar la unidad subyacente de los fenómenos dispares salvo cuando se ha dominado a los fenómenos tal y como aparecen. Y ese riguroso asunto no es, en las palabras del viejo Thomas de Kempis sobre otro tema, *opus unius diei, nec ludus parvulorum*.<sup>13</sup> es un arduo truco y la obra de un hombre. La visión es un don, un don gratuito de los dioses, si gustan. Pero su ejercicio exige un conocimiento que se gana con trabajo. Pues la visión —que es ver lo que está detrás del ojo— no es algo independiente del conocimiento, o algo que se añade al conocimiento cuando se adquiere. Es una facultad que trabaja *por medio* del conocimiento. Y el conocimiento sin visión es estéril, tal y como la visión sin conocimiento distorsiona. Sólo cuando nos hemos abierto camino en el caos de los obstinados hechos aparecen “die guten Einfälle” —los destellos de percepción, las felices conjeturas— y aparecen ante nosotros “wie freie Kinder Gottes”, como dice Goethe,<sup>14</sup> y gritan “¡Aquí estamos!” Pero a nosotros nos toca construir el camino por el que llegan a nosotros.

Y el camino por medio del cual también llegan a otros. Hasta ahora he hablado del peso de todo esto sobre nuestra manera de enseñar. Pero muchos de ustedes un día tendrán que comunicar los resultados de sus exploraciones a lo que nos encanta llamar el docto mundo. Tal vez hasta se les ocurra que más allá de esos recintos sagrados existen lectores no menos inteligentes y de mentes igualmente inquisitivas. En nuestros empeños por exponer, en una palabra, enfrentamos un problema tan delicado y difícil, y de un interés absorbente, como cualquiera que nuestra propia investigación pueda suscitar. Y el delicado arte de ordenar nuestro caos de hechos en un orden lúcido vale todos los dolores para dominarlo.

*Y el delicado arte de ordenar nuestro caos de hechos en un orden lúcido vale todos los dolores para dominarlo.*

<sup>13</sup> *Opus unius diei, nec ludus parvulorum*: “No es un juego de niños sino de mayores”. Imitación de Cristo, libro III, capítulo 32. (N. del T.)

<sup>14</sup> *Wie freie Kinder Gottes*: como la libertad de los hijos de Dios. (N. del T.)

*Aplicar los principios  
de un arte a los resultados  
obtenidos por medio de  
los rígidos métodos de la ciencia  
es hoy una aportación urgente.  
Y es una aportación  
cuya realización bien vale todos  
los pesares.*

No siempre nos tomamos la molestia, y una de las grandes necesidades de la erudición es que nos las tenemos que tomar. ¿Por qué, para hablar claro, las tesis doctorales y los artículos en publicaciones eruditas y hasta los libros dirigidos *ad clerum*,<sup>15</sup> son, con notables y célebres excepciones, muchas veces una lectura mortal? Muchas veces lo son y no hay que escandalizarse por eso. Lo que no sé es por qué hay que asumir que la mente académica es menos susceptible a la aburrición que la del lego. Sé que yo, poseedor de una mente, *ex hypothesi*,<sup>16</sup> académica, me vería a veces movido a llorar, si pudiera, ante lo chato y la falta de singularidad y el superficial lenguaje profesional de algunas de las cosas que estoy obligado a leer. Sin embargo, una obra de exposición erudita puede ser, en su tipo, tan luminosa y amable como un capítulo del cardenal Newman o una opinión emitida por el señor Justice Holmes. Pocas cosas en el mundo hay más interesantes que revelar hechos que iluminan y dan una perspectiva fresca a una multitud de otros hechos. Y los resultados de la investigación, por erudita que esta sea, pueden presentarse, sin superficialidad o artificio, en un orden lúcido y con claridad de fraseo y hasta en ocasiones pueden tener la fascinación de un relato. Nuestro resbalón fatal consiste en sentarnos, ya que resolvimos nuestro problema, y dejar (como decimos) que los hechos hablen por ellos mismos. Pocas falacias son peores. Los hechos hablan por ellos mismos para quienes logramos dominar su significado. El habla de los hechos, que nosotros hemos aprendido, hay que interpretársela a quienes escribimos. “Tantos géneros de voces, por ejemplo, hay en el mundo”, dijo el apóstol Pablo, él mismo un antiguo maestro de la exposición, “y nada hay mudo. Mas si yo ignorare el valor de la voz, seré bárbaro al que habla, y *el que habla será bárbaro para mí*”.<sup>17</sup> Esta crítica es a veces terriblemente pertinente, me temo, para nosotros. “Este asunto lo ordenan mejor en Francia”, y en inglés los matemáticos y los físicos le van ganando la partida a los humanistas. Aplicar los principios de un arte a los resultados obtenidos por medio de los rígidos métodos de la ciencia es hoy una aportación urgente. Y es una aportación cuya realización bien vale todos los pesares.

Uno de los mejores libros sobre ese arte —para ser prácticos por un momento— lo escribió hace unos cincuenta años un psicólogo fisiológico. Hoy lo conocen pocas personas; me gustaría que fueran más. Es obra de George Henry Lewes, de quien de entrada uno piensa en conexión con George Eliot, y el libro fue originalmente una serie de artículos publicados en

<sup>15</sup> *Ad clerum*: al clero. (N. del T.)

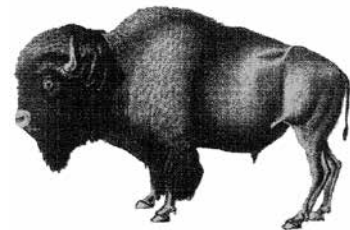
<sup>16</sup> *Ex hypothesi*: según la hipótesis. (N. del T.)

<sup>17</sup> 1 Corintios 14:10-11. (N. del T.)

*Fortnightly Review*, con el poco atractivo título: *Principios del éxito en la literatura*.<sup>18</sup> Ahí aparece esta frase: “La grandeza de un autor consiste en tener una mente *extremadamente irritable* y que al mismo tiempo sea *categoricamente imperial*”. Y Lewes, siendo también biólogo, emplea “irritable” en su acepción psicológica de “sensible a los estímulos”. ¿Qué tiene que ver su frase con nuestro problema de exposición?

Precisamente lo que tuvo que ver con Shakespeare o Coleridge o Keats o Darwin, o lo tiene que ver con Eddington o Jeans. Se refiere, con su “extremadamente irritable”, a la más alta susceptibilidad a las impresiones; se refiere, con su “categoricamente imperial”, al supremo moldeado de esas impresiones en una forma. Primero hay que *descubrir* y después *traducir*. Y el problema de la exposición es un desafío para el ejercicio de las facultades más entusiastas de ustedes y una aventura comparable —tanto en su dificultad como en su interés creciente— a la empresa de descubrimiento que la precede, pues la esencia de lo que he llamado descubrimiento es la percepción de cierta claridad u orden implícitos en la confusión de fenómenos; el asunto de lo que he llamado traducción es imponer otra claridad y orden sobre la masa caótica de observaciones e impresiones por medio de las que llegamos a nuestro fin. Y eso es lo que con mucha frecuencia se escamotea.

Acabo de citar a un científico natural y a un apóstol. Un poeta fue quien hace más de un siglo dijo brevemente por qué fracasamos. “Queremos”, escribió Shelley en 1821, hablando no de poesía, sino de problemas políticos y económicos (“ocultos”, como él dice, “por la acumulación de hechos”); “queremos la facultad creativa para imaginar lo que sabemos”. Dicho en términos concretos esto quiere decir, para uno, lo siguiente —y a este problema me enfrento cada año en las tesis doctorales—: aquí estamos, con nuestra caótica masa de hechos, por medio de los cuales, sudando la gota gorda, hemos aprendido a abrirnos camino poco a poco. Con ellos hemos vivido, nos hemos saturado de ellos, hasta volverlos tan familiares para *nosotros* como las calles que recorremos a diario. Y nuestro problema consiste en hacerlos inteligibles —y lúcidos, si se puede— para los lectores que no están, como uno, metidos en las implicaciones y asociaciones de nuestra particular diversidad. Pero si por meses, por años a lo mejor, hemos vivido con nuestro caos particular, olvidamos con fatal facilidad que nuestros lectores sólo están familiarizados con los propios



<sup>18</sup> George Henry Lewes (1817-1878), filósofo y crítico literario inglés. Fue pareja de la novelista Marian Evans, mejor conocida como George Eliot, con quien tuvo tres hijos. Fue un autor prolífico, y entre sus obras destacan: *Life of Goethe* (1855) y *Actors and Acting* (1875). (N. del T.)

*Y la gloria de enseñar,  
a su vez, está en la oportunidad  
que ofrece de despertar  
y dirigir espíritus curiosos.*

paisajes del caos. Y el primer requisito de una exposición eficaz es ver con los ojos del otro —los ojos de nuestros alumnos o nuestros colegas— las cosas que sólo hemos estado viendo con los propios. Debemos de tener, en una palabra, esa facultad creativa que *imagina* lo que sabe; la habilidad para salirse de la masa en la que estamos como en casa, y verla, si no *sub specie æternitatis*,<sup>19</sup> al menos desde el punto de vista de nuestros lectores o nuestros escuchas.

Hay una significativa frase de Amiel —para añadir, ahora, al científico, al apóstol y al poeta, un profesor de filosofía— que viene al caso: “Para entender las cosas —dice Amiel— debimos haber estado alguna vez en ellas y luego salir de ellas [...] Quienes se quedan en el embrujo, y quienes nunca cayeron en él, son igual de incompetentes”. ¡Muy bien! Salgan del caos de observaciones amasadas en las implicaciones en que están impregnados y piensen por medio de ellas con ese distanciamiento intelectual que únicamente permite su reducción a la claridad y el orden, ello es un logro junto al cual lo arduo de la investigación a veces es un juego de niños. Pero una puede ser una aventura tan estimulante como la otra. Y para hablar con franqueza, la cosa está muerta, a menos que uno se pueda meter en investigaciones propias, y hasta en el esfuerzo por impartirlas, algo que al menos se emparenta con el espíritu de aventura. Y la gloria de enseñar, a su vez, está en la oportunidad que ofrece de despertar y dirigir espíritus curiosos.

Hay ocho versos de Goethe en los que está resumida la esencia de lo que he tratado de decir. Y se los dejo como expresión del aliento y del delicado espíritu de la alta empresa que tienen ante ustedes.

Weite Welt und breites Leben,  
Langer Jahre redlich Streben,  
Stets geforscht und stets gegründet,  
Nie geschlossen, oft geründet,  
Ältestes bewahrt mit Treue,  
Freundlich aufgefasstes Neue,  
Heitern Sinn und reine Zwecke:  
Nun! man kommt wohl eine Strecke.<sup>20</sup>

“¡En fin! Así se avanza algún trecho” —y se avanza, *en efecto*.

<sup>19</sup> *Sub specie æternitatis*: “Desde la perspectiva de la eternidad”. Spinoza, *Ética*, parte V, proposición XXIII. (N. del T.)

<sup>20</sup> “Ancho mundo y ancha vida / largos años laboriosos, / eterno inquirir y hallar, círculo nunca cerrado, / aunque redondee su curva, / fiel custodia de lo antiguo, / mente abierta a lo moderno, / alma alegre y fines puros: / ¡Así se avanza algún trecho!”, preludio a *Dios y mundo*. Traducción de Rafael Cansinos Asséns. (N. del T.)